

EL PROBLEMA SOCIAL.

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

POR LOS SEÑORES

D. Pedro Ruiz de Avila

y

D. Urbano Gonzalez Serrano,

EL 27 DE MARZO DE 1883

EN EL

CASINO DE LA UNION DE PLASENCIA.

CON UNA CARTA-PRELIMINAR DE

P. JUAN MORENO IZQUIERDO

Precio 2 ptas.

PLASENCIA.
Imprenta de EL EXTREMEÑO.
1883.

14

U. Benítez

Tit. 61411

Cod 1069320

21
a. 214

A
25748

EL PROBLEMA SOCIAL.

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

POR LOS SEÑORES

D. Pedro Ruiz de Avila

Y

D. Urbano Gonzalez Serrano,

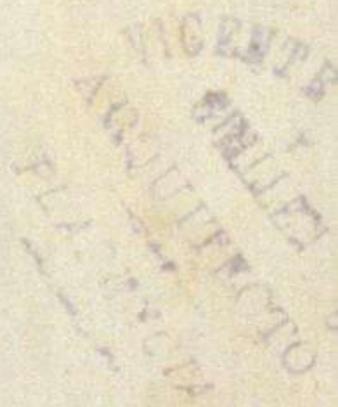
EL 27 DE MARZO DE 1883

EN EL

CASINO DE LA UNION, DE PLASENCIA.

CON UNA CARTA--PRELIMINAR DE

P. JUAN MORENO IZQUIERDO



Dedicatoria.

Al eminente filósofo y elocuente orador

D. Urbano Gonzalez Serrano

Y al distinguido publicista

D. Pedro Ruiz de Abila.

En testimonio de respeto entusiasta y de afecto y gratitud profunda è inestinguible dedica esta modesta edicion de sus brillantes Conferencias de la noche del 27 de Marzo de 1883 en el Casino de la Union de Plasencia;

F. PINTO SANCHEZ.

LIBRARY OF THE
VICENTE BALBUENA
MUSEUM
PLASENCIA

Sres. D. Urbano Gonzalez Serrano y D. Pe-
dro Ruiz de Avila.

MIS RESPETABLES Y MUY ESTIMADOS AMIGOS: La distincion ca-
riñosa y singularísima, cuasi-fraternal, conque Vds. se dignan honrarme
de tan inesperada é inmerecida manera, pone sobre mis débiles hombros
peso tan desproporcionado á sus raquíticas fuerzas, y sume á mi pobre
espíritu en tan desconsoladora y miedosa zozobra, que, á no ser porque
entiendo ingénuamente, como estricto deber mio, corresponder lo menos
mal que me sea dado á su invitacion generosa, sin discutirla siquiera,
sin pararme á sondear las profundas dificultades que, para mí, de un
modo tristemente especial, encierra, jamas hubiera incurrido en la osadía
de estampar mi nombre, cual pocos humilde y cual ninguno ignorado, al
frente de este opúsculo inestimable por la purísima, humanitaria y eleva-
da trascendencia de su doctrina, por la autoridad envidiable que los de
Vds. le prestan y hasta por la ocasion, las circunstancias y el modo cómo
han venido sus hermosas páginas á la luz radiante de la publicidad,
Pero en medio de este temor indescriptible que ante la magnitud de la
obra siento y miro embargar mis modestísimas facultades, confieso que
doy tambien vida á una creencia firme, así como á una ciega esperanza
latente que me anima: la de que nadie podrá ni deberá atribuir á estas
incorrectas líneas la significacion que á un *prólogo* cualquiera suele ya
atribuirse: la de que nadie, absolutamente, me hará el agravio de dudar si
habré confiado un instante de mi suficiencia, si por un momento siquiera
me habré juzgado digno de este honor, que debo exclusivamente al inol-
vidable y delicado afecto de Vds.

Hechas, en primer término, estas declaraciones que á haberlas omitido
me hubieran abrumado siempre, permitanme Vds., amigos míos, que
recuerde aquí brevemente lo ocurrido hasta el hecho de la publicacion
de este precioso opúsculo y exprese algunas consideraciones relativas á la
oportunidad de la eleccion del tema de sus *Conferencias*, entre nosotros, y
á la trascendencia que, en mi humilde opinion, debe atribuírselas.

Cuando por la discreta *Circular* que el comité republicano-federal de
esta localidad dirijia á sus correligionarios de nuestro país, se hizo públi-
ca la atenta resolucion de Vds. (en vista del patriótico empeño de algu-

nos amigos) con la promesa de visitarnos en una fecha entonces cercana, fué muy general, por no decir unánime, la satisfaccion que la noticia causó entre mis paisanos; y, respecto á mí mismo, confieso que ví con íntimo placer del alma realizarse una de mis más caras aspiraciones; porque aparte del que me producía la idea de que todos escuchasen á Vds. hallaba, al par, en la autorizada competencia que á Vds. distingue, el más grato y fundado motivo de éxito para la censura que no podía menos de esperar contra añejos vicios locales que, á mi pesar, nos caracterizan, y á los cuales consagro, desde que alguna cuenta racional me he sabido dar de lo que pienso y siento, espíritu de piadoso horror y oposicion inextinguible; pues aquí, quizás más que en otro lugar alguno, por desgracia, el juicio comun en lo referente á las graves cuestiones políticas, religiosas ó sociales, suele ser la obra insana de la herencia ó del apasionamiento y no el producto reflexivo de la meditacion, de la propia y libre conciencia y del estudio.

Por esto, principalmente, veía yo con el júbilo á que antes me he referido la llegada de Vds., y por razon quizás no muy distinta, entre otras que no es menester citar, despues de pronunciados sus primeros discursos en el *Teatro* la tarde del 26 del pasado, la Junta del *Círculo de la Union* creyó de su deber rogar á Vds. que demorasen su vuelta por el tiempo preciso para honrar á la Sociedad que representaban dando ante ella una conferencia, cada uno, sobre el tema, no político ni religioso, que creyeran oportuno; á cuya solicitud correspondieron Vds. aceptando, con inolvidable galantería, y prometiéndoles complacer para la noche del mismo 27, en que á la sazón nos encontrábamos.

Llegada en esa noche la hora convenida, y en el local, anunciada con la posible antelacion, -no necesito recordarlo.- Vds. vieron congregado allí un auditorio tan numeroso como distinguido, ávido del natural y vivísimo deseo de escucharles. Y luego que el Presidente declaró comenzada la sesion, el aspecto de la sala y la actitud respetuosa del público fueron realmente solemnes: un silencio profundo á grandes intervalos interrumpido solo por vehementes y unánimes aplausos, la admiracion extática y la mas íntima complacencia reflejadas en todos los semblantes; los instintos mas generosos del corazon saltando en efusion torrencial del pecho de cuantos éramos presentes á confundirse en admirable consorcio por misteriosa virtud de atraccion indecible con lo generoso y humanitario y excelsa de las ideas que Vds. propagaban. Todo ello formaba en aquel modesto salon, ya consagrado por la fecha y el recuerdo de aquella noche para nosotros imperecible, un conjunto de sana y real magnificencia, y como una atmósfera de embriagadora grandiosidad dentro de la cual declaro sinceramente que no conservo memoria de haber respirado jamás en esta mi adorada ciudad nativa. No cabe dudar: Vds. habian sabido practicar el profundo y sentencioso consejo de aquel ilustre y nun-

ca bastante llorado sábio extremeño, (1) de que Vd.-querido amigo Urbano-nos hablaba al principio de su discurso; Vds. habian sabido hallar sin esfuerzo alguno, por obra de su simpática espontaneidad y su adivinacion envidiable, aquella region y el punto aquel en que comulgaban todos nuestros espíritus, con la más anhelosa y más pura y más abstraída de las mentales fruiciones.

Pero no es mucho que así sucediera. Del modo cómo Vds. hablaron y expusieron; del tino, sobriedad y forma de sus discursos, no he de ocuparme yo, porque ante mi conciencia lo prohíbe un triste valladar insuperable que surge de ella misma cual torcedor amargo y frío: la recta y reflexiva contemplación de mi insignificante pequeñez y el remordimiento producido por el fatídico acusador recuerdo de mis breves horas de estudio aturdida, cándida é impiamente, despilfarradas, que se alza ante la interior vista de mi alma helado é inflexible, mientras se acerca el ocaso de mi inútil juventud; por otra parte, comprendo bien-porque sería muy natural,-que los elogios de mi humilde y oscura pluma tendrían que ofender en mucho la ejemplar modestia de Vds. y en nada avalorarian el mérito relevante de sus trabajos bellisimos y concienzudos, siendo,- como por desgracia habian de ser, -tan ligeros, tan superficiales y tan desautorizados. Afortunadamente, ellos están en este libro y el lector no ha de necesitar que yo señale y proclame aquel alborozado... ¿qué menos puedo hacer y debo decir de su obra, despues de sofocar con estas mis íntimas ó ingenuas reflexiones, el impulso ciego del aplauso, al que es tan difícil sus traerse cuando la conciencia lo exige, queridos y respetables amigos míos...?

Ahora bien: para justificar más aún mi anterior afirmación y la seguridad abrigada por mí de que no menor había de ser el efecto causado entre mis paisanos por las Conferencias de Vds. que el que arriba he intentado bosquejar, séame permitido añadir, siquiera, la designación del tema por Vds. elegido y alguna muy breve, brevesísima, indicación acerca del desenvolvimiento que alcanzara, del criterio con que fué resuelto ó con que Vds.-como yo-piensen debe resolverse.

Conformes en todo lo esencial aunque con alguna diferencia de detalles emanada, según pienso, de la propia disparidad de carácter, inclinaciones y profesiones, diferencia que veo yo acentuarse en la particular simpatía y trascendencia primordial concedidas á uno ú otros de los medios de solución de comun acuerdo aceptados,-hubieron Vds. de proponerse para sus discursos el magnífico tema de *perpétua actualidad*, que hoy se designa con la frase de «El Problema social»; problema que debe interesarnos á todos de especialísima manera, sean las que fueren nuestra situación é importancia en la Sociedad.

«El Problema social» ó «La cuestión social», consiste en el estudio y

(1) D. José Moreno Nieto.

adopcion de los medios más eficaces para mejorar la suerte de los desheredados, de los que sufren y padecen; la suerte, por tanto, de la mayor parte de la Sociedad. Provócale la negra privacion, la llaga eterna del "pauperismo"; se formula, en "*la guerra impía en're el que tiene y el que no tiene*", más ó menos sorda y convulsiva; y se ha pretendido resolver, sobre todo, con un criterio exageradamente individualista, como el mantenido por los economistas y determinado por el conocido lema *laissez faire, laissez passer*, que proclamaba GOURNAY, á mediados del siglo XVIII, ó con otros, opuestos, socialistas ó comunistas, de todos los tiempos.

Mas llegada esta ocasion, bien será advertir que—como enseñan muchos y graves pensadores—no solo *el problema social* es múltiple y complejo segun los lugares y circunstancias de estos; lo es tambien, y mucho, en la historia; podríamos quizas decir con propiedad, que así como distinto en el espacio, lo es en el tiempo, si bien en todos revela su esencia íntima, una y comun. Esto es: el conflicto actual consta, por decirlo así, de un elemento filosófico, de un fondo igual en todos los tiempos que marcha unido á la naturaleza misma de la sociedad humana; pero tambien de una forma, que se muestra al desenvolverse aquel, segun las épocas, en hechos y relaciones propios, diferentes y característicos de cada nueva faz presentada. El dato esencial de este problema, nos le ofrece —á mi pobre opinion—la lucha seguida constantemente, en la historia, para lograr, dentro de un organismo adecuado, la conciliacion y armonia necesarias entre los al parecer contrarios principios de independencia personal y de solidaridad social; el elemento histórico y característico—la causa ocasional—de esa misma crisis gravísima, nace con motivo de aquellos *dos signos de nuestro tiempo* que denuncia Dameth: el colosal desarrollo de la industria moderna y la radical reivindicacion del derecho; los cuales dan nacimiento á una nueva clase, traen á la vida social á la que se designa con el nombre de *el cuarto estado*. Por esto el "Problema social" revista tan notoria y universal trascendencia y presenta tan difícil, larga y complicada solucion: hay pues, que ver de un lado, qué justa consideracion merecen para ella, de nosotros, aquel elemento permanente é igual; y considerar, de otro, cuánto y cómo debe concederse á lo que este último elemento de viva realidad demanda, y á veces con perfecto derecho exige, satisfaciendo ambos en la proporcion debida; sin romper en una palabra, al hacerlo, la ley de unidad de la historia, ni caer por el contrario en el absurdo empirismo de dejarlo últimado con la simple aplicacion de antiguas soluciones que, por lo dicho, no pueden en manera alguna convenirle. Y como la aparicion de *el cuarto estado* pone hoy muy de relieve la existencia de la "cuestion social" abarca esto tantos aspectos cuantos son los fines que aquella nueva clase debe realizar; de aqui que haya necesidad ineludible de que, sin infundadas preeminencias, se em-

peñen en su estudio y solución, al par, ciencias distintas, la del Derecho, la de la Moral, la de la Religión, la Economía política, etc; y de aquí, también, lo dignísimo y apremiante de la resolución de la crisis tremenda que el problema entraña.

El problema se presenta urgente sin duda alguna, pavoroso, aterrador, y la ciencia reconoce hoy, pues, que no es posible resolverle satisfactoriamente, ni inspirándose en ningún sentido *individualista*; ni con Quesmay, ni con Dupont de Nemours, ni con Turgot, representantes de la fracción *fisiocrática*; ni con los Smith, Malthus, Ricardo, Say, Sismondi, Florez Estrada, Carey, Bastiat, Stuart Mill, con todos los demás maestros más ó menos consecuentes y caracterizados, del sistema apellidado *industrial*; como tampoco puede resolverse recibiendo inspiraciones directas en sentido socialista puro.

No hace falta más que pasar la vista desapasionada por la historia de estas tendencias radicalísimas en el orden de los hechos y en el de las ideas; cuando sus secuaces han criticado y propagado, y cuando han practicado sus sistemas *salvadores*. Ya se ostente el comunismo realizándose en el círculo mezquino y reducido de aquellas antiguas inolvidables ciudades griegas; ya se muestre, aunque distinto, tomando vida al calor del ascetismo y del sentimiento religioso, en las órdenes monásticas primitivas, en las congregaciones de los moravos,—discípulos de Hutter, de Seherding y de Teldhaller,—ó entre los misioneros del Paraguay ó en medio de la secta de los anabaptistas sajones que siguieran á Tomas Munser; bien se le observe en las leyes de Mino ó en las instituciones de Licurgo; ora fructifique esta herencia del pueblo-artista, con los primeros gnósticos y los sofistas de Alejandría, ó ya surja en tiempos más cercanos en las imaginaciones febriles de los Morus, Morelly, Campanella, Mably, Babeuf y otros, pintando extravagantes planes de utópicas organizaciones, no menos, por supuesto que las soñadas por los modernos Owen, Brisot, Saint Simon, Fourier, Blanc, ó el contemporáneo Proudhon, las reclamadas por el partido *montañés* en la Francia de 1793 ó por el de los *sans-culottes*, ó ya, por último, hagan la demanda á nombre del *colectivismo* ó del *mutualismo*, que hoy comparten el dominio de las masas revolucionarias, sus tendencias están desacreditadas, sus intentos declarados inútiles, sus doctrinas exclusivistas desterradas sin apelación del campo de la ciencia nueva por el poder legítimo del racional progreso humano.

Si á esto se agrega que la solución predicada por la Iglesia, *recomendando* la caridad y la largueza á los unos, el amor y la resignación á los otros, aunque estimable, debe declararse insuficiente, resulta—como Vds piensan, queridos amigos—que la solución del «problema social», como él larga é inacabable, debe conseguirse, (dentro del orden y la constitución orgánica del Estado que es incontrastable exigencia de la ciencia jurídica moderna,) por la moralidad y la instrucción, por la asociación y

el trabajo, por la libertad, la propiedad, la justicia y el derecho. Que no es menos vicioso sacrificar á la mas exagerada libertad individual las demas propiedades fundamentales del espíritu humano, bases al par de los organismos sociales, que anular la libertad y fundirla en el crisol de una horrorosa igualdad imposible, convirtiendo al Estado en el eterno é impertinente tutor de las energías todas individuales y sociales y en el monstruo absorbente de la vida total, absurda, impía é ilimitada *Providencia* de todos los sistemas socialistas.

Existe pues, el derecho individual, y cada hombre es, ante todo, una personalidad, un ser en sí y para sí, y dotado de todos los medios conducentes al cumplimiento de su propio fin: existe tambien al mismo tiempo el derecho social, ó sea, existe tambien un sér, un organismo, una entidad real, á la que llamamos Sociedad, que legitimamente reclama de todos la prestacion de un algo (considerable é ineludible) que ha menester para llenar y cumplir su mision determinada y necesaria igualmente al progreso. Y estas opuestas corrientes lejos de contradecirse y anularse concuerdan y deben corresponderse, y, en el movimiento total, se completan hasta el punto de ser muy cierto, -como afirma un ilustre pensador contemporáneo antes citado, -que *el derecho personal es en órden á la libertad subordinadamente social*; así es que armonizando en todos sentidos aquellos diversos extremos, equilibrando y sumando, combinando y ponderando y componiendo dentro de un perfecto superior organismo, todas las tendencias, fuerzas distintas ó aisladas, que en su esfera se dan, existe, por último, el *verdadero* Estado; profundamente distinto, en consecuencia, de la Sociedad.

En resumen: el *individuo* y su derecho; la *Sociedad* y el suyo; el *Estado* y aquel que se le debe, y ha de ser propio; son los tres términos que Vds. á mi humilde juicio, con justa causa—consideraban factores de obligada atencion para proponerse el natural y debido planteamiento y conseguir y formular la solucion única y racional del problema que tan concienzuda y desapasionadamente trataron en sus elevados discursos.....

Así entendí yo, dicho á grandes rasgos, lo que Vds. tan gallardamente esponian, y por ello, despues de juzgar tema tan grave muy digno de la propaganda y las facultades de Vds, hallaba en lo justo y humanitario de la doctrina, además, justificados aquellos fervientes aplausos. De estos deseamos todos que sea el último eco la publicacion de este libro, y he aqui con qué obgeto y significacion aparece: «cuantos admiramos aquellas *Conferencias*; hemos querido gravar la fecha del *27 de Marzo de 1883* con caractéres durables de reconocimiento.»

Yo no olvidaré jamás, ni dejaré de agradecer nunca á Vds. la atencion y el favor inestimable que se dignaron concedernos viniendo entre nosotros á proclamar, con la justa autoridad de su reputacion, que, por merecida, no ha menester para nada de los triunfos aquí conseguidos, la

sana doctrina que expusieron, libre por igual de la anárquica y dura tiranía del radical individualismo frente al Estado, y de la absorción mortificante y asfixiadora que los socialistas quieren para este, frente á aquel. No olvidaré tampoco, porque me satisface sobre manera, que de su enseñanza se desprendió también (aunque menos directamente) que «la verdadera ilustración radica en la esfera de la conciencia moral humana»; que, cualquiera que sean sus títulos, es un sarcasmo llamar civilizado al hombre que no ha sabido descubrir, estudiar y adorar en su conciencia la ley del deber para con sus semejantes, para con la Sociedad, para con el Estado y para con Dios; enseñanza que yo desearía gravar en lo interior del cerebro de todos con simpáticos caracteres de fulgor perenne.

Y ya que esta carta se ha hecho inconsi­derablemente extensa, cuya falta suplico á Vds. se dignen perdonarme, terminaré asegurándoles que, esa misma admiración y esa profunda gratitud misma de que yo en vano he intentado dar á Vds. idea, con toda la sinceridad de mi alma, la sienten y la conservarán á Vds. todos mis paisanos; de cuyos generales sentimientos he querido sin lograrlo hacerme eco, y de los cuales es un testimonio cordial aunque débil la publicación de este opúsculo, precioso, en todo lo que no me pertenece.

Repitiendo á Vds. la seguridad de mi consideración más distinguida, de mi gratitud mas y constante, de mi afecto más cordial y desinteresado, y de mi amistad más sincera, tengo el grato honor de ser su seguro
S. Q. B. S. S. M. M.

J. Moreno Izquierdo.



SEÑORES: faltaría á las más rudimentales nociones de la gratitud, sí, al dirigiros la palabra, no os mostrara en nombre propio y en el de mi dignísimo é ilustrado compañero y correligionario Sr. Gonzalez Serrano, nuestro más sincero reconocimiento por la honra que nos habeis dispensado al invitarnos á dar, en este sitio y ante público tan docto, una conferencia.

Cumplido este deber y guiado por el propósito de no molestaros mucho tiempo con mi palabra de suyo torpe y hoy más que nunca por la emocion que embarga mi ánimo voy á entrar en materia, haciendo ligeras consideraciones sobre un asunto de importancia suma, de vitalísimo interés para la sociedad contemporanea.

Voy, pues, señores, á ocuparme de la cuestion social; de ese eterno problema, siempre discutido y nunca definitivamente resuelto, de las relaciones entre las clases acomodadas y las que representan el trabajo manual así en el campo como en el taller y la fábrica.

No sera ocioso, por tanto, que haga una breve excursion histórica á grandes rasgos, á propósito de las escuelas que en los antiguos como en los modernos tiempos, afectando ya la forma del comunismo, ya la del socialismo, ya la del individualismo, han procurado dar una solucion definitiva al asunto sin llegar á conseguirlo, para tratar del problema social que en

estos momentos preocupa la atención en nuestro país y que más que en región alguna se determina en la de Andalucía.

Tuvo allá en la Grecia su origen el comunismo siendo Platon el primero que escribió en su favor, y apesar de la decidida protección que dispensaba á este filósofo, Dionisio, el joven tiranuelo de Siracusa, no pudo ser viable aquel arreglo de la propiedad y la familia ideado por Platon.

Teofrasto, Diógenes, Crátes y otros filósofos griegos, introduciendo cada uno de ellos diferentes modificaciones en las doctrinas y procedimientos de Platon, quisieron continuar la obra por este iniciada y corriendo de Cerinto á Atenas y de Tebas á Delfos procuraron por la práctica de sus máximas ridículas la implantación del comunismo.

La Grecia, que veía á dichos hombres y algunos prosélitos vivir en comunidad como había visto antes y veía entonces algunos pitagóricos vivir en sus conventículos, en nada alteró su marcha natural é incontrastable.

Mas tarde con la aparición del cristianismo, descendiendo el comunismo de la región de las teorías á la región de la práctica, no por las leyes, no por los gobiernos, sino mas bien, y esta es una opinión mia, por la exageración de la caridad, llevada á la asociación voluntaria, la doctrina comunista tomó incremento y muchos de los primeros cristianos adoptaron para vivir, como hombres el comunismo, vendían sus posesiones y haciendas y las repartían á todos conforme á la necesidad de cada uno, y, como refiere el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, ninguno entre los creyentes decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran á todos comunes.

Bien pronto vinieron á señalarse en la vida social de los comunistas dificultades insuperables que dieron al traste con sus prácticas y principios produciéndose entre los asociados todo género de dificultades y discordias.

Al comunismo de los primeros cristianos siguiò el de algunos frailes, mereciendo especial mencion entre ellos los que aceptaron la Regla de San Benito aprobada por el papa Hildebrando, en cuya regla se determinaba la necesidad de arrancar de cuajo en el monasterio el *vicio* de la propiedad, «que nadie tuviera cosa alguna propia, ni un libro ni dinero, ni mesa, finalmente nada.»

Viene mas tarde el comunismo de los *Fraticellos*, frailes religiosos de la órden tercera de San Francisco; los Husitas de Tabor que practicaron un comunismo guerrero, los Anabaptistas, los Niveladores ingleses en la revolucion poco antes de ser decapitado Cárlos I. y finalmente, los que pudieramos llamar últimos partidarios del comunismo, Cárlos Fourier, Cabet, Considerand y San Simon, si bien este mas que comunista era en realidad y merecé el calificativo de socialista.

Como el comunismo nace el socialismo ó, mejor dicho, se desarrolla en Grecia planteado en Sparta por Licurgo que llevó á su patria las ideas que habia adquirido recorriendo el Egipto y diversos paises de Oriente; imitan á Licurgo, Pitágoras fundando sus *conventiculos* en la Magna Grecia y otras partes, y, aún que revistiéndole despues de diferentes formas, los césares y emperadores romanos rinden ferviente culto al socialismo reglamentando la sociedad en perjuicio de la libertad, concediéndoselo todo al estado y nada al individuo.

No creo procedente hacer una excursion histórica detallando en todas sus partes las diferentes formas y las manifestaciones que el socialismo como escuela política ha revestido en el trascurso de los tiempos, por que esto, sobre ser muy estenso, implicaría una ofensa á vuestra ilustracion de la que es lógico y natural pensar que conoceis mejor que yo sin duda alguna esta materia.

Pero contrayéndome á los socialistas franceses entre los cuales como antes digo, merece citarse San Simon, nada útil

ni concreto resolvieron con su doctrina en las relaciones de la vida social y determinación del sentido de la propiedad y el trabajo, problema que entonces, como ahora, se agitaba amenazando con una profunda y trascendental perturbación en los pueblos latinos.

El socialismo de los sansimonianos como el de Luis Blanc y otros contemporáneos, no sirvió más que para llevar el terror y el espanto á los mercaderes franceses contribuyendo á que, explotando este miedo, se apoderara Bonaparte impunemente del poder soberano en Francia el famoso 2 de Diciembre.

Los unos defendiendo la tasa de jornales, los otros pidiendo se señalaran las horas de trabajo al obrero y algunos con singularísimas ideas, hijas de la buena intención pero poco meditadas é impracticables, dan ocasión á creer que aspiraban á conceder al Estado mayor suma de poder, centralización y despotismo.

Aunque someramente queda demostrado que en todas las sociedades y todos los tiempos ha preocupado, así á los gobernantes como á los filósofos, el deseo de buscar una forma social adecuada á la mejor armonía de todos los intereses y todas las aspiraciones sociales.

En el terreno de la ciencia hoy ya no existe hombre alguno que no sea socialista, dado que el socialismo en dicho terreno es la sociedad misma, su gobierno, su régimen especial; pero de aquí á sostenerle como escuela política, como negación de toda iniciativa individual y afirmación de todo derecho y todo poder en el Estado hay una considerable distancia.

Hay muchos en estos tiempos que confunden con el socialismo como escuela política, un principio eminentemente individualista, el de la asociación voluntaria para todos los fines lícitos de la vida humana; y los que tal hacen, producen con su propaganda y su doctrina una perturbación manifiesta en el sen-

tido del socialismo y la asociacion que ni pueden ni deben ser confundidos.

De esa falsa nocion de las ideas han nacido la internacional, el colectivismo y el socialismo modernos que, apropiandose muchas de las ideas de los antiguos fabricantes de sociedades, quieren guiar la actual por derroteros desconocidos a fines mas ignotos aun.

Con más competencia y brillantez que yo ha de determinar mi digno amigo y sábio profesor Sr. Gonzalez Serrano esos anacronismos y confusiones de doctrina, estableciendo de una manera perfecta las exageraciones en que tanto las escuelas socialista y comunista como la que sintetizada en Bastiat representa el individualismo llevado hasta límites extremos han incurrido, afirmando el sentido práctico y racional que deben tener en la vida social unas y otras dentro de las prácticas del gobierno de las naciones. Por ello, dejando á un lado la ligera esposicion referida, entraré á tratar la cuestion social que al presente agita la Europa y que tiene desgraciadamente en nuestra querida España manifestaciones que preocupan con justicia á los hombres pertenecientes á todas las opiniones políticas y á todas las clases de nuestra sociedad.

Desentendiéndose en parte de las ideas socialistas y de la propaganda realizada por la Internacional, ha tomado gran incremento en todas partes el espíritu de asociacion al amparo de las ideas de libertad y de progreso.

La revolucion española de 1868, implantando un regimen liberal hasta entonces desconocido en nuestro pueblo, llevando á la ley fundamental del Estado la consagracion de los derechos individuales, entre los que figura el de asociacion, despertó de su letargo á las clases humildes y trabajadoras haciéndolas comprender uno de los medios de que podian aprovecharse para mejorar las condiciones de su vida y preparar su emancipacion.

Inspirados en tan noble pensamiento muchos obreros se

congregaron, constituyeron sociedades cooperativas y algunas de ellas, como la de Moron, en la provincia de Sevilla, llegaron á conseguir un estado tan próspero y floreciente que adquirieron propiedades y rebaños de ganado por su cuenta; y un número considerable de familias de obreros, explotando su trabajo, llegó á emanciparse de la tutela del propietario y del jornal, casi nunca suficiente á cubrir las mas perentorias necesidades.

Ya veis, señores, que aqui nada tuvo que hacer el Estado.

Bastó la iniciativa individual para llegar á ese término satisfactorio que os acabo de indicar.

Pero si la suma de iniciativas individuales pudo realizar esa obra, que pocos años antes hubiérase considerado un sueño, no es menos cierto, señores, que lo hacia al amparo de leyes que, lejos de restringir, garantizaban el derecho de reunion para todos los fines lícitos de la vida humana y ninguno mas lícito, ninguno mas sagrado que el de atender á la subsistencia propia y á la de la familia.

No es solo el de Moron el ejemplo que podría ofreceros de asociaciones de cooperacion por virtud de las cuales y haciendo abstraccion de las ideas comunistas, socialistas y colectivistas las clases trabajadoras que en ellas han tomado parte han buscado y hallado ciertamente el medio de emanciparse.

Ahi teneis en Inglaterra las sociedades de Pesquerias, las de los sombrereros y otras muchas que compiten con los capitales mas fuertes de la industria.

En España mismo tenemos *La obrera Mataronense* establecida en Mataró para la fabricacion de tegidos, sociedad que en un corto número de años y por el esfuerzo de la cooperacion de obreros, ha conseguido montar una fabricacion en grande escala y de la cual viven y se sustentan numerosas familias que dependen de un capital producto de su ahorro y de su constante y asiduo trabajo.

Atentos á estas consideraciones, me direis ¿por qué no ha tomado mas incremento la asociacion cuando tales ventajas reporta?

¡Ah! tan lógica y natural es la pregunta como compleja la contestacion.

La exageracion de ciertas propagandas poco meditadas, por un lado, el descuido de los gobiernos, por otro, la falta de instruccion, la apatía unas veces y la oposicion, otras, de las clases pudientes á que se mejoren las condiciones de los obreros, han sido parte principal á determinar en estos la inercia que les domina en punto á reunirse y asociarse para explotar colectivamente su trabajo y buscar el medio de convertirse en productores y propietarios del producto.

Yo creo, señores, que los gobiernos en España sin llevar su autoridad, porque no pueden ni deben hacerlo, á reglamentar é imponer la asociacion, que debe ser voluntaria, han descuidado su influjo indirecto para fomentar esa saludable tendencia que seguramente ha de separar á las clases obreras de las pasiones y los odios que en ellas enjendran la miseria y la triste condicion por que atraviesan.

Y no solo de indiferencia pueden ser los gobiernos acusados: algun gobierno, no hace aun muchos años, con posterioridad al de 1874, no ya no ha fomentado la asociacion sino que, por el contrario, ha incurrido en gravísima responsabilidad disolviendo gubernativamente y para servir menguados intereses de caciquismo, la sociedad de Moron, que antes os citaba y otras varias, obligándolas á enagenar todos sus bienes en el improrrogable plazo de *tres dias*.

Esta y otras disposiciones, han producido entre las clases obreras y trabajadoras en unas desaliento, en otras odio y animosidad contra las clases conservadoras.

Quizás, y sin quizás, esos y otros actos parecidos han podido determinar los tristísimos sucesos que en Andalucía acontecen y que todos los hombres honrados lamentan y condenan en cuanto puedan tener de criminales.

Antes lo he dicho y ahora lo afirmo: no es toda la culpa de los gobiernos sin que por esto les exima de responsabilidad.

Son culpables de ese estado tirante en la vida de relación entre el propietario y el obrero la indiferencia egoísta del capital limitándose á buscar el producto mayor sin cuidarse de mejorar las condiciones del trabajador tanto en la vida material como en la vida moral: son culpables de ese estado alarmante los que, llevando el influjo de la propaganda y la doctrina política al seno de las muchedumbres, han procurado más escitar las pasiones y enseñar derechos que explicar sacratísimos deberes sociales; son culpables, por último, los que exagerando el principio de la caridad cristiana solo ven en ella remedio para el pobre y en este sentido le aconsejan como único medio de vida la limosna que amengua la dignidad humana; pues nada tan levantado y noble como vivir del propio trabajo, del esfuerzo de su brazo, de su inteligencia.

A dar complejidad á este problema contribuye, señores, en gran parte la forma y manera de ser de la propiedad en las diversas comarcas de España, las costumbres, los usos, las condiciones climatológicas y de aquí el que el problema social latente revista caracteres multiformes.

En las Castillas, Aragon, Galicia, Asturias, provincias Vascongadas, Navarra y una parte de la Mancha la propiedad está tan subdividida que la adquisición de un pedazo de terreno no es empresa titánica sino por el contrario fácil y hacendera para el obrero honrado y económico que tiene la perseverancia de llegar á constituirse en propietario.

Si no en todos los puntos citados, en muchos de ellos, el trabajo escasea pocas veces y las cosechas son más permanentes que en otra comarcas.

Los hábitos y costumbres puramente familiares entre los propietarios y los trabajadores contribuyen á establecer entre ambas clases relaciones de parentesco, amistad, en una palabra solidaridades que hacen imposibles las guerras y los odios de clase.

Al revés de esto en Andalucía, Extremadura y una gran parte de la Mancha, la propiedad está constituida por grandes predios, inmensas extensiones de terreno que poseen escaso número de propietarios.

En esta extraordinaria centralización de la propiedad hay, de un lado, escaso número de terratenientes, de otro, una falange inmensa de trabajadores dependientes de aquellos y á la cual le está negado el derecho de aspirar á poseer la tierra por la imposibilidad de ahorrar lo bastante para adquirir en grandes porciones.

Las cosechas no son permanentes y por virtud de la poca divisibilidad del terreno, este en su mayor parte está inculto é improductivo.

El propietario, al revés de lo que en otras comarcas acontece, no vive en relación con el obrero que, muchas veces, ni aun le conoce; no comparte con él sus alegrías y sus penas y aun mas, los productos que de la propiedad adquiere generalmente no los emplea en mejorar las condiciones del suelo que se los dá procurando adelantos y mejoras en el cultivo del mismo.

De aquí resulta que como el obrero ha de vivir del trabajo, cuando las cosechas faltan y el propietario que ha consumido sus rentas no tiene capital de resistencia, por haberle distraído en otras atenciones, para continuar el cultivo, el trabajo se paraliza y el obrero no tiene otro recurso que morir de hambre, implorar la caridad pública y emigrar á otra region en busca de trabajo abandonando el cielo que le cobijó en su juventud, el hogar en que disfrutaba de las delicias y la paz de la familia, las afecciones, los recuerdos, todo lo que le ligaba á la tierra ingrata que le espulsa de su seno.

Esto lo saben ciertamente los propietarios: ¿que han hecho para mejorar la condición de los pobres obreros?

Cruzarse de brazos y cuando han llegado situaciones es-

tremas, cuando el hambre ha hecho presa en esas comarcas, cuando la miseria, escitando la pasion, ha podido engendrar el terror y el crimen, poner el grito en el cielo, como vulgarmente se dice y pedir medidas de rigor contra aquellos desgraciados á quienes un cúmulo de fatales circunstancias ha conducido á extremos lamentables y actos reprobados.

No; no son medidas de rigor, no es la agresion, no es la razon del mas fuerte lo que debe poner término á esos conflictos sociales. Estas determinaciones avivan los odios y preparan las represalias y las grandes catástrofes.

Yo creo, señores, que esta cuestion de las relaciones de los intereses sociales necesitan meditacion, estudio y el concierto de todas las clases sociales y en especial, de las acomodadas para resolverlas si no de pronto y de una sola vez, paulatinamente.

Yo creo, señores, que á los gobiernos toca en esta importantisima obra, la mision de fomentar la educacion del pueblo llevándola á las últimas clases sociales; adoptar en las leyes que con la propiedad y la industria se relacionan, saludables reformas para facilitar el desarrollo de esos intereses en vez de matarlos, como acontece al presente, por medio de tributos, trabas y dificultades administrativas de todo género; y por último, en el respeto a la ley y á la libertad individual, ofrecer el desarrollo del espíritu de asociacion conservando todas las que por sus medios y sus fines no contrarian los grandes principios de la moral social siquiera aspiren á soluciones que parezcan extremas á los espíritus débiles que no aceptan la libre discusion y la controversia.

Yo creo, señores, que á los propietarios interesa asi mismo tomar activa parte en la resolucion del problema social ¿Comó? ofreciendo en unos casos la participacion en el producto, mejorando en otros las condiciones de la propiedad, subdividiéndola en porciones de facil cultivo, dando facilidades al arriendo y garantias bastantes de seguridad y permanencia al arrendador; contribuyendo á la creacion y desarrollo de

asociaciones cooperativas de obreros para el trabajo y para el consumo; teniendo con las clases trabajadoras relacion íntima y directa en vez de aislarse y separarse de ellas, dándolas medios de educacion é ilustrándolas, haciendo en fin cuanto tienda á emanciparlas de la tutela de la ignorancia que es mil veces peor que la tutela del capital.

Yo aspiro á mas, yo aspiro á convertir al obrero en pequeño propietario sin que para ello pueda existir peligro para nadie. Si no en todas las regiones de la Peninsula, en otras creo es aceptable el procedimiento seguido por muchos propietarios de una region valenciana que merece ser conocido y del que voy á daros cuenta brevemente.

La primera necesidad en el obrero es comer, la segunda tener útiles para trabajar la tierra.

Pues bien, algunos, muchos propietarios de Requena que, con mas abnegacion que otros, se han dedicado á buscar la solucion al problema de la vida social, idearon un procedimiento sumamente facil y justo.

Ceden á un obrero cantidad de tierra que este pueda cultivar para plantio de vides, le adelantan los utiles de trabajo y le aseguran ademas, en semana, cuatro dias de jornal en otras fincas del propietario.

Los dias de trabajo restantes, los festivos, los lluviosos en que el propietario no ha podido ocupar al obrero este trabaja la tierra que le ha sido cedida depositando en ella el producto del esfuerzo de su brazo que ha de constituirle un capital.

A los cuatro años el propietario cede por escritura pública y en absoluta propiedad al obrero la mitad de la tierra plantada de viñas, convirtiéndole desde luego en pequeño propietario y mejorando como es consiguiente su condicion de obrero.

Resultado: para el trabajador, cuatro años de vida estrecha y econòmica para constituirse en propietario, para este, el haber mejorado su finca aumentando su capital y llenado la

humanitaria obra de mejorar la condicion social del trabajador en dicha region conocido con el nombre de *mediero*.

Sin pretender que esto pueda servir de norma de conducta para todos los casos y todos los paises, encuentro que es una de las muchas soluciones que pueden adoptarse y servir desde luego de partida para hallar otras mas útiles y prácticas.

Habreis notado señores, que en el curso de esta desaliñada peroracion he dedicado atencion preferente, en cuanto à la cuestion social se refiere, à los obreros del campo dejando à un lado los del taller.

Esto tiene una facil y sencilla explicacion: aunque desdichada la condicion del obrero del taller no lo es tanto à mi juicio como la del obrero agrícola y su emancipacion la encuentro yo mucho mas facil.

El obrero de taller tiene en la cooperacion el medio de emanciparse, en la participacion del producto en la justa estipulacion del salario por regla general mas constante que el del obrero del campo. Su ilustracion y su cultura además está por cima de la del obrero agrícola y tiene ya mucho adelantado para llegar a camino llano y en brevisimo plazo à la condicion y mejoramiento material à que en la vida social aspira.

Y aqui señores he de hacer punto à estas consideraciones con las que ya os he molestado bastante tiempo. Además conozco la natural impaciencia con que esperais oir la elocuente palabra de mi querido amigo el Sr. Gonzalez Serrano y seria en mi motivo de censura el privaros mas tiempo de un gusto que es el mio.

Debo concluir, pues, señores, y lo hago haciéndoos à todos una patriótica escitacion en favor de esas clases trabajadoras que por situacion tan triste atraviesan y que tanto han menester de la ayuda de las demás clases.

Haced cuanto podais por redimirlas, propagad en ellas una doctrina, fomentad en su seno el espíritu de la sociedad,

esplicadlas el ejercicio de sus derechos á la par que el cumplimiento de sus deberes sociales, en una palabra, moralizadlas è instruidlas facilitándolas para ello los medios de que carecen y no temais trastornos sin conflictos; no temais que propagandas exageradas las conduzcan por torcidos derroteros, ni que la cuestion social se convierta en arma de partido por elementos egoistas y perturbadores, que un pueblo es tanto mas sensato, mas fuerte y mas próspero cuanto es mayor su nivel de moralidad y de ilustracion.—HE DICHO.



ILUSTRES Y QUERIDOS PAISANOS: Si ayer al dirigirme á público reunido con motivo distinto del que aquí os congrega, prescindia del exordio, no puedo esta noche suprimirle. El natural temor del Sr. Ruiz Avila, la emocion invencible, que os denuncia el timbre de mi voz y otras consideraciones, que facilmente se os ocurren, habrán de revelaros que no háy posibilidad de concentrar el pensamiento y dominar tån várias, si bien gratas impresiones.—Por cima de todas ellas se impone, en primer término, el título de gratitud hacia esta poblacion en general y después á este Casino muy especialmente. Vuestra honrosa invitacion nos compele á satisfacer vuestro deseo y curiosidad de oirnos disertár acerca de un tema que, sin ser político, ni religioso, pueda interesar á todos; pero esa misma invitacion os obliga à vosotros á ser, segun espero, benèvolos, conquién tån to y tån to necesita de la benevolencia.

Sin títulos para merecerla, concentraba yó mi pensamiento (que hasta ahora no hé podido hacerlo) y recordaba, mientras hablaba el Sr. Ruiz Avila, frases, que os hé de repetir, oidas con frecuencia á uno de nuestros más ilustres contemporáneos, á una de las más legítimas glorias de Extremadura, al malogrado Moreno Nieto. Preguntábale yó á aquel docto y exhuberante orador cómo se preparaba para pronunciar tån tos discursos ante círculos y públicos tån di.

versos y satisfacía mi curiosidad, contestándome que «tán pronto cómo uno se encuentra delante de un público congregado en ateneos, casinos ó sociedades, debe buscar en ellos intereses generales latentes y superiores á los egoistas del individuo, debe inquirir aspiraciones generosas al bien y á lo justo, en que todos convienen y que se agitan más que cómo espíritu comun, cuál verdadero espíritu santo è inspirado dentro de la colectividad y que finalmente estos elementos vibran, ante el comun pensar y sentir, llegando á formar la *verdadera comunión de los santos en la tierra* ». Inspiraos todos en esos nobilísimos y generosos pensamientos de nuestro ilustre paisano: evocad la comunión de ideas, que son madres de la vida, cómo dice Goethe, y á la vez símbolos de las aspiraciones humanas y escuchádmme, sin preocupaciones de escuela ni partido, pués deseo, aunque peque de abstracto y vago en mis consideraciones, merecer la benévola atención de todos los presentes, desde el carlista más puro, que solo estima salvadores los gloriosos rescoldos de la tradición hasta el más impenitente y soñador revolucionario, que personifica la protesta contra todo lo existente.

No me es lícito en la ocasión presente pensar y hablar con pasión y colocarme en puntos, que ahonden discordias y aumenten el ardor de las luchas; antes bién, dirigiéndome á un público neutral, formado de individuos de opiniones distintas y de aspiraciones diversas, me imponen de consuno la mutua tolerancia y el rēspeto á las opiniones ajenas para que las mias lo sean integramente, me imponen, digo, la obligación de prescindir de lo que nos divide y separa para mirar hácia arriba, buscando, si existe, algo que os una y congregue para establecer corrientes comunes en ciertas ideas generales, que puedan servir de base á aquella comunión de los santos en la tierra, que tanto inspiraba á nuestro malogrado paisano. Y para ello, más que razonar ó discurrir científica ó escolásticamente ante vosotros, me propongo de-

jarme guiar por los impulsos de mi corazón, á ver si logro hallar medio adecuado en que expresar algo que por cima de nuestra diferencia de opiniones, sea asunto que por igual interese á todos

Pero para establecer conexiones y lazos entre mi pensamiento y el vuestro (que desconozco de momento); para no caminar por regiones desconocidas, sin brújula que me guie, quisiera yo tomar la linea media de cultura de esta ilustrada reunion y moverme dentro de esta linea media, hallando, si mi acierto llegara á tanto, una interpretacion exacta de vuestro comun pensar y sentir. Fuera yo en este caso (y no aspiro á mas) el que formulara de palabra lo que todos pensais y deseais allá en los delineamientos generales de vuestra inteligencia y en el fondo de vuestro corazón. Y como es mas grato consignar lo que une y congrega á los hombres que lo que les divide y separa, diérame yo por satisfecho con lograr semejante nobilísimo, aunque difícil empeño.

A ello me ayuda seguramente el tema elegido por mi amigo el Sr. Ruiz Avila, el *problema social*, que, tratado con cierta imparcialidad é independencia de las Escuelas, es problema, que á todos interesa por igual, pues nadie puede quedar indiferente ante esta terrible lucha entre el que tiene y el que no tiene, lucha, que reviste caractères alarmantes y capaces de conmover hasta las piedras. Sobre ese problema llamo vuestra atencion y sobre él he de formular algunas consideraciones.

Lo que hoy se llama *problema social*, Gambetta lo denominaba cuestiones sociales, que revisten en cada país caractères, hijos de circunstancias regionales y de condiciones especialísimas, puesto que en ningun pueblo son enteramente idénticos los aspectos de la lucha en que viven el que tiene y el que no tiene. En nuestro país, existe seguramente, con caractères graves, la cuestion social, pero nadie entenderá que se presenta de igual modo, por ejemplo, en Galicia y Vizcaya que en Andalucía y Extremadura.

Surje, ante todo, en este pavoroso problema un factor que es casi fatal y que, considerado aisladamente como el único y el exclusivo, lleva á las soluciones violentas, inspira el ódio, mueve a la guerra y produce consecuencias crueles y perniciosas para todos.

Si observais los fenómenos, que se suceden en la escala de los seres vivos; si escudriñais las maravillas portentosas del mundo de lo infinitamente pequeño; si aplicais la vista al microscopio; vereis que en la materia amorfa, en esa penumbra, que indica la línea semi-imperceptible, que separa lo orgánico de lo inorgánico, aparecen los primeros esbozos ó ensayos de la vida y de la organización en células, que viven y se organizan, en cuanto adquieren individualidad, asimilándose elementos extraños, que vienen á completar su individualidad. Esta individualización, que brota al apropiarse la célula elementos extraños mediante la nutrición, crece y se agiganta, á medida que el organismo se complica y perfecciona. Y de esta apropiación procede la idea más rudimentaria, que podeis formaros de la *propiedad individual*, que comienza por afirmar la individualización del organismo vivo y sigue y se conserva, negando el goce y disfrute para los demás de los elementos apropiados. Esta tendencia natural y á la vez social constituye la ley, denominada la *lucha por la existencia*, á cuya sombra crece el egoísmo social y cuyas últimas consecuencias declara gráficamente la sabiduría popular, cuando afirma que el pez gordo devora el pez chico.

De esta ley natural, la lucha por la existencia, ó el instinto de la conservación, dimana la tendencia invencible en el individuo á apropiarse para sí cuantos elementos y condiciones de vida favorecen su desarrollo. Ante este deseo de enriquecerse el hombre, parece que no existe valladar, ni límite alguno y que la guerra sorda de individuo á individuo llega hasta el vil mercado de las conciencias—Parece en tal caso y considerado sólo en este aspecto el organismo huma-

no, más que conjunto de seres racionales, enjambre de insaciables concupiscencias, que, en el ardor de una lucha cruel, ponen en práctica aquel horrible comentario del precepto evangélico, referente al amor al prójimo, practicándolo, según la máxima impía, «el prójimo contra una esquina.» Pero no precipitar nó vuestra generalización; no deis de ningún modo asentimiento á esta, que parece cruel ley de raza, porque no solo existen en el hombre los bajos fondos del instinto ó los terribles y bestiales acicates de un egoísmo sin límite. Puesto que el hombre no es, según dice Pascal, ángel, ni bestia; observadle en lo complejo de su naturaleza y si la realidad es prisma de infinitas caras, no la contempleis solo en un aspecto, desde el cuál acontecerá lo que dice el poeta que aparecerá *según el color del cristal con que se mira.*

Levantad la mirada, elevad vuestra atención, multiplicad vuestra diligencia y observareis que existen, tienen realidad, producen eco en la vida y adquieren relieve en la sociedad y en la naturaleza, al lado del egoísmo, la abnegación, el sacrificio, el desinterés y nobilísimas aspiraciones, que son contrapeso suficiente para ponderar y refrenar, yá que nó para vencer siempre, los impulsos del egoísmo. En la misma esfera de la animalidad, se puede observar cómo, por ejemplo, el ave que empolla sus huevos, la leona que ampara y defiende sus cachorros enseñarían al hombre si este por desgracia lo necesitara, el arraigo, que tiene en lo orgánico, en todo lo que vive, una solidaridad, superior al instinto del egoísmo y de cuya solidaridad surge en lo humano el sacrosanto sentimiento de la maternidad y de la compasión, y con ellos el dulce bálsamo de la caridad y el épico empeño del amparo y defensa del débil por el fuerte—Añadid por consiguiente á lo inexorable de aquella lucha por la existencia otros factores, que constituyen un conjunto de distintas energías, que colaboran todas cómo excitantes y cómo elementos combinables en esta gran complejidad de la química social.

Quiere esto decir que el problema social tiene caracteres por demás complejos, que sus múltiples y variados aspectos requieren una consideración sintética, un examen muy detenido y una atención amplísima. Para recoger y condensar esta multiplicidad de elementos y factores es para lo que se necesita aspirar siempre á soluciones parciales, pero que sean, ante todo, de concordia entre intereses y aspiraciones, que frente á frente parecen librar ruda y sangrienta batalla. Lejos de contestar á las clases obreras, que llevan su protesta al último extremo con la fuerza brutal del cañon y de las bayonetas; en vez de recurrir al sable de un dictador contra los que sueñan con la liquidación social, es más fructífero y más práctico estudiar las múltiples causas, que engendran la miseria, iniciar ó poner por obra los tópicos ó remedios, que el organismo social contiene en gérmen dentro de su seno y sobre todo, convencer á unos y á otros, á aquellos que subyugados por el instinto conservador sólo fían la salvación de la sociedad al ministerio de la fuerza, y á aquellos, que sueñan con una liquidación social, que haría nacer en el cuarto estado la cola de un quinto más desheredado de los bienes terrenales; convencer digo á unos y á otros que invocar el hierro y el fuego de un lado y el petróleo y la liquidación social de otro es echar por la calle de enmedio, es ser víctimas del absurdo y del error y cortar, pero no desatar el nudo de la dificultad, nudo que, violentamente cortado, se reproduce de nuevo con caracteres más graves después de cada una de estas sangrientas hecatombes, que se llaman las guerras sociales.

Dada esta complejidad del problema social. ¿pretendéis Señores que su solución sea obra exclusiva de un partido, de una clase ó de un interés, aislados del resto de las energías sociales? ¿creéis, burgueses de mayor ó menor cuantía, que llevan ó conducen á algo útil las tirantes é insostenibles relaciones entre el capital y trabajo? Se imponen, á medida que más se ahonda en el exámen de este problema, solucio-

nes de concordia, que gradualmente prepararen el advenimiento del trabajador y del jornalero al disfrute de la riqueza. Es un sueño el de la liquidacion social, que implica el desconocimiento completo de la flaca condicion humana, y es un absurdo egoista pretender que sea definitivo el *statu quo*, consagrando el cúmulo de las injusticias sociales, pero ni el problema consiste en borrar la miseria y la pobreza del mundo, ni es posible colocar los complejos elementos del organismo social cómo se colocan, á capricho, los peones en el tablero para resolver un problema de ajedrez—Aceptado el problema tal cómo le ofrece la ruda y siempre imperfecta, aunque perfectible, labor de la Historia, urje que os ocupeis y preocupéis todos, absolutamente todos de la gradual mejora de las clases desheredadas y de establecer relaciones más conformes con la justicia entre el capital y el trabajo. En tal sentido, entiendo que más que ser socialistas ó individualistas, más que encerrar el organismo social en el estrecho círculo de un silogismo ó conclusion de escuela, importa á todos, pues así lo impone la justicia tener y poner por obra *tendencias y aspiraciones* constantes á la mejora social de las clases menos acomodadas.

A más de ser exigencia de la justicia, enseña también el testimonio de la Historia que todos los pueblos han tenido y todos los poderes han iniciado en sus mas graves circunstancias un cierto *sabor socialista*, eco y dejo lejano de que no se puede ejercer la hegemonia, el alto ministerio de lo que se llaman clases directoras, sin poner á contribucion todas estas energias sociales, dormidas á veces, cohibidas en ocasiones por aquel egoismo absorbente, que se convierte también en egoismo social.

Todos sabeis que la organizacion, dada por Licurgo á su pueblo tenia mucho de comunista y todos recordais que, despues de la terrible noche de despotismo, que siguió al pueblo de Caton y Bruto, el imperio romano adormecia á aque-

Los antiguos fieros ciudadanos, ofreciéndoles *panem et circenses*, pan y espectáculos. Cohonestaban su poder, pretendiendo remediar de algún modo las necesidades más urgentes de aquellas clases, que no tenían intervención en la vida pública, ni participación en el disfrute de los bienes materiales. En la Edad Media, periodo histórico antes mal juzgado y hoy mejor conocido gracias á una crítica histórica más positiva, se organizaron las célebres municipalidades, concejos, hermandades y gremios, que hubieran podido ser otros tantos círculos y energías de ponderación y equilibrio de las fuerzas sociales ante la terrible desigualdad del reparto de la riqueza. Valen poco las hipótesis negativas en la crítica histórica, pero quizás pueda suponerse autorizadamente que de no haberse suprimido de una vez, y por alientos igualitarios, llevados al último extremo de la irreflexión, aquellos elementos variadísimos de tan complicada organización social, ni hubiera tenido razón de ser el federalismo en los partidos democráticos (protesta cuya más sana tendencia va encaminada contra la centralización) ni ofrecería hoy el problema económico tantas y tan invencibles dificultades. Ni ha dejado tampoco la Iglesia de revelar tendencias sociales, no ya solo en la constitución semi-comunista de sus tiempos primitivos, sino en doctrina y sentido. Realizado en parte el ideal de catolizar el mundo, comentó la Iglesia las palabras del Evangelio «es más fácil que pase un cable por el ojo de una aguja que el que un rico penetre en el reino de los cielos», las completó con el dicho de Jesús de que «la compañía que más le agradaba era la de los niños y los pobres» y aun puso por obra su sentido caritativo con la célebre sopa de los conventos, que merece siempre un recuerdo honroso, por que de ella comieron los más insignes géneos de nuestra literatura.

Rota más tarde la secular alianza entre el altar y el trono; perturbada y aun perdida aquella ponderación de las fuerzas sociales existente dentro del complicado organismo

de la Edad media, surge en toda Europa la lucha, emprendida contra el poder de la nobleza y del clero, para la cual se apoyaron los Reyes en el estado llano, al cual favorecían y amparaban. De esta lucha sale triunfante la monarquía absoluta, que ayudada despues por *legistas y curiales* (que parecen conservar por raza y origen su amor à la reaccion) y por las milicias organizadas y convertidas en permanentes, se divorció completamente de aquellos intereses y aspiraciones, á que antes hubo de prestar amparo. Asi llegó, á ser, en el decurso de la historia, la monarquía absoluta arbol cuya sombra semejante á la del manzanillo, mas cuidó, una vez afirmada, de su pompa y poderio que de ser fiel á las ideas con que comenzara su lucha.

Y de entonces acá el llamado primero estado llano y despues cuarto estado emprendió y sigue un cruento calvario, iniciado en la solucion del problema político, que debe preceder al social, con las guerras fratricidas, porque han pasado todos los pueblos en su tránsito del antiguo al nuevo régimen. A partir del Sinaí de los tiempos modernos, de la Revolucion francesa, nuestra augusta madre, segun dice Victor Hugo; desde aquella célebre noche del 4 de Agosto y de la declaración de los derechos del hombre, nuevas tablas de la Ley universal, se han realizado ;cómo negarlo! grandes é importantes progresos; pero si es cierto que el progreso es luz del mundo moral, tambien es verdad que como la luz natural, en el horizonte visible, vá acompañado de sombras y penumbras y que estos progresos son parciales, pues han aminorado, en determinados aspectos, el mal, pero han agravado en cierto sentido las dificultades del problema económico.

No se teje, señores, de otro modo, la complicadísima urdimbre de la labor histórica, ni es posible realizar de plano y de una vez cuanto el pensador concibe ó el filántropo desea. Pensar en panaceas sociales ó en recetas universales, que

curen de una vez y arranquen de raíz el germen del mal y el origen de la imperfección es pretender lo imposible, es verse obligado á reconocer en el hombre una impotencia, que mas subyuga y desanima que le alienta y dá bríos; es finalmente creer que el destino del hombre está ya fatalmente predeterminado y que solo virtudes misteriosas ó fuerzas extrañas pueden mejorarlo. Con tales ideas mas se dispone el ánimo á una resignación pasiva, semejante á la que engendra la pereza característica del arabe, ó á una protesta brutal y aniquiladora de todo lo existente, que á la modesta, pero honrosísima empresa de mejorar parcial y gradualmente, cada uno en su esfera, las imperfecciones sociales. ¡Ah! cuántos y cuántos errores adquieren carta de naturaleza en la vida merced á aquellas falsas ideas; por que no debeis olvidar que si, como dice el Evangelio «el hombre no vive sólo de pan», sino que necesita tambien el pan espiritual de las ideas, es de estas es en primer término el decurso de los sucesos; que por tal razón interesa en alto grado reconocer á las ideas el alcance, de que se hallan dotadas para influir provechosamente en la práctica. Alejad pues de vuestro pensamiento el erróneo concepto de que el destino del hombre está ya fijamente predeterminado, en cuyo caso habreis de creer que nada tiene que hacer el individuo, pues ni puede modificarle, ni mejorarle; ó habreis de fiar la virtud del progreso á fuerzas extrañas y misteriosas; antes bien tened en cuenta que, como dice Gœthe en su poema del *Fausto* «el destino del hombre no está realizado, sino que constantemente se está realizando» y fijaos, en que, recomendando la eficacia de la acción, añade «solo es digno de la libertad y de la vida aquél, que sabe conquistarlas diriamente.»

Obliga por tanto reconocer los progresos continuos, aunque siempre parciales, debidos á la acción del tiempo, y aceptarlos para seguir mejorándolos. En este aspecto del problema social, que tomó principalmente carácter político,

durante la lucha del estado llano contra el antiguo régimen, padecieron todos los innovadores y revolucionarios una obsesión creciente de un falso sentido igualitario, que produjo el gravísimo mal de que la piqueta revolucionaria destruyó todo lo existente, lo bueno y lo malo, en el antiguo modo de ser de la organización social y quedó, tal como hoy se encuentra, el individuo huérfano de organismos sociales, para poder hacer valer sus energías, frente á un Estado, armado de todas armas, como el héroe griego, Estado gigante, cuya centralización absorbente más retrasa y perjudica que favorece y prepara soluciones al problema social.—Un escritor tan imparcial y tan observador, como Laveleye, reconoce estas faltas de la Revolución de todos los pueblos del continente europeo.

Ante lucha tan desigual y ante posición tan abstracta del problema social, nacen las dos escuelas contrarias, la individualista y socialista, ambas buscando panaceas generales, la primera en el individuo y la segunda en el Estado ó en su anulación y conversión en sociedad exclusivamente económica ó mercantil. Constituido el *Individualismo* por el desarrollo de la Economía política, formuló sus célebres leyes del *laissez faire, laissez passer* y de la oferta y del pedido, que son inducciones empíricas y como eco lejano y nueva expresión del hecho innegable de la lucha por la existencia. Apenas si cuida el individualismo económico más que de protestar contra la centralización del Estado y defender un concepto por demás abstracto de la libertad. Con ella pretenden los Economistas, que habremos de llegar á un semi—paraíso; que para ello hacen Biblia de su creencia las tan comentadas *Armonías económicas* de Bastiat. Como protesta más ó menos virulenta contra la Escuela individualista aparecen primero aisladas tendencias socialistas de algunos pensadores, á fines de la Revolución francesa y en tiempo del primer Imperio, tendencias condensadas en su sentido más radical.

en las obras de Proudhon y principalmente en su libro *Contradicciones económicas*, donde explica su célebre grito de guerra «la propiedad es el robo».—Anulado el individuo, borradas todas sus garantías y centralizado el poder en el Estado, queda el problema social de todo punto insoluble, pues el socialismo autoritario no llega nunca á las clases sociales, que más urjentemente necesitan auxilio y proteccion; se diluyen y pierden los auxilios, destinados á remediar la miseria, entre las mallas y balumba de ese mar sin brújula de la burocracia y de la centralizacion administrativa—De ello son ejemplos las utopias de Saint-Simon y Fourier, la organizacion de los talleres nacionales de Louis Blanc y el socialismo cesarista del 2.º Imperio, medidas algunas generosas, otras exclusivamente inspiradas por la ambicion política, todas irreflexivas y colaboradoras á agravar los males del problema social y á adormecer las energias del noble pueblo francés, que está hoy pasando un purgatorio, rehaciendo la gran vergüenza de la derrota de Sedan.

Es seguramente, Señores, que el problema social resulta perfectamente insoluble, cuándo el individuo se pone, huérfano de todo ámparo, frente á frente del terrible gigante de la centralización del Estado.—Sin alharacas filantrópicas, ni anhelos de veleidosas popularidades, os digo *ex abundantia cordis* que, después del problema religioso, ninguno me há ocupado y preocupado tanto cómo el problema social, ni encuentro que haya problema de más alto interés para todo hombre bien sentido, aparte de que entre el primero y el segundo, entre el social y religioso existen relaciones y conexiones tan íntimas, que á veces llegan á confundirse. Sólo así se explica que hayan podido coincidir dos pensadores tan opuestos como nuestro gran Donoso Cortés y el célebre Proudhon, afirmando ámbos, cada uno desde su punto de vista, «que todo problema social implica una grave y trascendental cuestion religiosa.» Y ante los apasionamientos de es-

cueia y el ardor de la lucha, yó hé leído y releído, hé consultado y vuelto á consultar, las *Armonias* de Bastiat y las *Contradicciones* de Proudhon y me parecian pueriles las bienandanzas del primero y tenia por desnudas y sangrientas las demoledoras críticas del segundo. Y de esta suerte tiene que aparecer á todos los que mediten imparcialmente esta terrible contienda, que, puesta al desnudo, se reduce á la guerra impía entre el que tiene y el que no tiene.

Yo os suplico, señores, que penseis y mediteis conmigo que os divorcies un poco del rigorismo de escuela, que considereis esta esfinge del problema social con alguna imparcialidad de juicio y emancipados de intereses y preocupaciones ¡Ah! entónces, colocado en esté terreno, yo observo que, á más de esta relacion, en cierto modo lejana y abstracta que mantengo con el Estáo, soy individuo de mi familia, que estoy obligado á posponer mi interés y egoismo individuales al interés de la familia, á que pertenezco, cuya honra es la mia propia; y considero tambien que soy miembro, mas ó menos digno, de una institucion, el Profesorado, con el cual me unen vínculos de solidaridad, vínculos, que extendiendo á todos los círculos y organismos sociales, dentro de los cuales me muevo y existo y dentro de los cuales hallo intereses colectivos que defender y á la vez de pedirles amparo y defensa de los míos propios.

Aparece, ante tales consideraciones, (ya veis con cuanta razon os anunciaba que es complejísimo el problema social) un nuevo factor, un factor intermedio, verdadera linea media ó punto de conjuncion del individuo con el Estado. Este factor es la Sociedad, cuya reorganizacion en círculos graduales urje intentar, pues del seno de la sociedad, de los profundos limbos del espíritu colectivo tienen que surgir virtualidades y energias, que templen, endulcen y aun apacigüen la lucha, de que venimos ocupándonos. Y que urje poner, dentro del organismo social y merced á la iniciativa y

energía de los individuos, algún remedio al cáncer de la miseria, no os lo digo yo, os lo dicen sombríos y terribles anuncios de crímenes espantosos, cuya lenta y tenebrosa preparación abonan las injusticias de la actual organización social. Si; anuncios son de la gangrena de este carcomido régimen la *Mano Negra* de Andalucía, sociedad formada por el terrible aluvión de la miseria, los progresos del *Colectivismo* parisiense, refugio de las aspiraciones nunca satisfechas y el *Nihilismo ruso, delirium tremens* de la desesperación, que engendran las inclemencias del tiempo, las impiedades del despotismo y las consecuencias de la miseria.—No se me oculta, señores, la necesidad, en que se halla la sociedad de defenderse contra esas protestas armadas, cuyo medio es el crimen y cuyo fin es buscar, dentro del exceso del mal, la urgencia del remedio: pero bien se os alcanza á todos que ahogadas tales protestas en sangre, subsiste el problema social y es órden mentido y aparatoso, semejante al de Varsovia, el que solo cuida de la represión y no pone medios para evitar que se reproduzca el desórden, cuyas causas subsisten y permanecen ante las perturbaciones internas de la vida económica.

Gravísimas son las obligaciones, que van adquiriendo las clases acomodadas, á medida que más se divorcian de la vida pública y menos se ocupan de este gravísimo problema social, por que las fases, que vá presentando, requieren medios y soluciones primeramente de la sociedad y de las distintas jerarquías de sus clases y después indirectamente del Estado y del organismo de sus poderes.

A medida que mas contraproducentes, y perturbadoras resultan las medidas, nacidas del socialismo autoritario, más relieve alcanza la necesidad de que el organismo social y la resultante de la iniciativa de todos los individuos tomen cartas en el asunto y preparen soluciones favorables al pavoroso problema de la riqueza. El socialismo autoritario el del

Estado, es la mayor parte de las veces palo de ciego, que no ayuda á remediar la miseria de las clases menos acomodadas; tiene en contra suya la inmensa mole de la Administracion pública y sobre todo adultera la indole del Estado y la naturaleza de los poderes públicos, que han de cumplir, como mision principal, la de dar y ofrecer condiciones, pero no realizar fines, para garantir la justicia y la libertad, que peligran grandemente, cuando el Estado, al inmiscuirse, en la vida de la produccion y del cambio, aumenta sus atribuciones y acrecienta la centralizacion. Por tales razones huyó á tiempo, siquiera huyese con la arbitrariedad despótica que le caracteriza, sus familiaridades con el socialista Lasalle, el astuto canciller Bismarck, zorro viejo hartó de cerveza, (según le llama un periódico satírico de Paris) que tuvo mas prevision que el viejo diplomático Thiers. Profetizaba éste, con su sentido volteriano, que el canciller «se quemaria los dedos» por haber peleado contra la Iglesia catòlica con sus célebres leyes de Mayo y contestaba Bismarck que vencería y sujetaría, como lo ha hecho, la Iglesia á la ley comun; pero que lo que quemaria sus dedos y aun pondría en peligro la existencia de Francia y Alemania sería el problema social; por que en ambos paises se presenta á veces la miseria con aspectos tenebrosos, convertida en vendabal.

No puede nó suplir la accion del Estado la influencia de la sociedad en la solucion del problema social. Es urgente, urgentísimo, aparte los medios morales, que suministre el progreso de las costumbres públicas, introducir en la vida económica la complejidad de los organismos sociales y de los círculos de produccion, que pueden templar la dureza cruel de la lucha por la existencia. Tal pensamiento dominaba seguramente la inteligencia de mi amigo el Sr. Ruiz Avila, cuando os encomiaba las *Asociaciones cooperativas*, de las cuales puede decirse que, al reunir y condensar la iniciativa de los individuos, suman, mas aun, multiplican y agigantan

los esfuerzos y el trabajo de cada individuo. Solo la asociación es la que hace milagros en la vida de la producción y del cambio; y solo por esta razón se explica que entre los antiguos socialistas prive tanto como priva hoy la tendencia colectivista, de cuyas aspiraciones son ensayos imperfectos los ideales que acarician las distintas federaciones de los trabajadores.

Fuera ahora, señores, empresa relativamente fácil, aunque con más preparación que la consentida para exponeros estas desaliñadas consideraciones; fuera, digo, relativamente fácil mostrar cómo los que se preocupan de este problema social, desde uno y otro campo, todos hasta el que últimamente ha escrito acerca de él, Ives Guyot, llegan á esta, que podemos considerar conclusión interesante, á saber, que en la solución de este gravísimo y por demás complejo problema han de influir; aunque según su límite y condiciones, los tres factores, que venimos reconociendo: el individuo, la sociedad y el Estado, y aun dentro de éste sus organismos políticos, principalmente el Municipio, que, ahogado por la centralización, tiene que trabajar por adquirir vida propia, reanudando las gloriosas tradiciones de las Municipalidades de la Edad Media y convirtiéndose, ante la gravedad de determinadas circunstancias en médico de cabecera, si permitis la frase, para curar el cáncer de las enfermedades sociales.

Interesa al individuo, ante todo, la laboriosidad; que en pueblos bien organizados debe ser el trabajo la fuente principal de la riqueza. Bien se me alcanza que existe algo de fortuito y casual, algo que toca al éxito y la fortuna en las transacciones de la vida económica; pero la regla general es que el trabajo, fuente principal de la riqueza es lo que debe impulsar la iniciativa del individuo. A veces ocurre (y tales inmoralidades perturban y aun desaniman á los más) que la laboriosidad no basta para que el individuo pueda atender á sobrellevar las cargas de la vida; pero contra estas excepcio-

nes más ó menos numerosas, aun importa seguir consignando que la principal fuente de riqueza y bienestar ha de ser la laboriosidad del individuo, ya que la tendencia igualitaria de todas las trasformaciones modernas más se mueve á libertar el trabajo de toda traba que á imponerle dificultades.—Dignificado y aun santificado el trabajo por el recto sentido moral, que se vá filtrando en las costumbres, todavia importa, consignar que ningun trabajo es de superior calidad á otro y que lo único, que puede suministrar al individuo condiciones de relativa independendencia es su laboriosidad, que debe dirigirse á las múltiples manifestaciones de la vida, sin dejarse arrastrar por un irreflexivo prurito de consagrarse á profesiones liberales ó á vivir de sueldos del Estado, cuyo presupuesto parece haber venido a sustituir la antigua y ya suprimida sopa del convento.—Mal es éste que interesa á los individuos y aun á la sociedad corregir y de que se hace eco el deseo unánimemente repetido de que España necesita mas industriales y menos doctores.

Más que la iniciativa creadora de la riqueza, semeja el trabajo especie de sal regeneradora de esta misma riqueza acumulada.—Todos vosotros habeis observado aqui, en este pais, en Extremadura, cómo se han deshecho fabulosas fortunas.—Masas gigantescas de riqueza se han diluido en el transcurso de pocos años, cual si semejaran árboles, vecinos al cauce de un rio, cuya corriente fuera por grados lamiendo muy lentamente la tierra, que les diera vida, hasta dejar al descubierto su raiz y herirle de muerte.—¡Ah! es que esas masas inmensas de riquezas quedaban estáticas, se convertian en tierras muertas é infructíferas; porque no eran fecundadas por la virtud del trabajo.

Interesa á la sociedad, y dentro de ella á las que se llaman clases pudientes, acomodadas ó ricas, fomentar uno y otro dia, y por todos los medios asequibles el espíritu de asociacion y cooperación para que las clases trabajadoras no que-

den desamparadas ante los azares y tribulaciones de la vida. Y si aquellas clases personifican, por que lo poseen, el trabajo acumulado ó sea el capital, conviene no exigirles algo contradictorio de la flaca condicion humana, pretendiendo que se desprendan de él en una soñada y absurda reparticion, sino que lo pongan á servicio del trabajo y con un interés bien entendido, muy lejano del egoismo de clase, consigan que cese esta lucha sorda entre el capital y el trabajo, que tantas perturbaciones engendra en la vida económica. Las protestas formuladas por los trabajadores asociados con sus huelgas, mantenidas y favorecidas por las cajas de resistencia, deben servir de aviso provechoso á las clases acomodadas. Suelen estas, porque no las urje la necesidad del momento, preferir contestar á la guerra con la guerra, desconociendo ú olvidando que en estas hondas perturbaciones, segun el aforismo vulgar «quién más tiene, más pierde.» Para evitar en parte estos gravísimos trastornos, interesa á todas las clases sociales convencerse de que no basta, ni es posible que baste al trabajador el mísero jornal diario, entregado á mil azares en su cotizacion, para sobrellevar las cargas de la vida—Sin prescindir por completo del jornal, deben cuidar las clases pudientes, siempre que la indole de la produccion lo consienta, combinar la remuneracion del trabajador por medio del salario con la coparticipacion en los frutos de la produccion y de la industria, único medio de armonizar los intereses antagónicos del operario y del capitalista—No estimo la coparticipacion cómo panacea universal (que ya hé dicho que no son posibles dada la complejidad y múltiples dificultades, inherentes al problema) pero sí la considero cómo una medida de eficacísima ayuda para que cesen en parte los diarios conflictos entre el capital y el trabajo. Aprovechando las clases sociales y los factores de la produccion la libre contratacion, garantida por la ley, templando lo inflexible de las leyes económicas por un sentido moral, tan extraño por des-

gracia hasta hoy á la vida comercial, no será un sueño, sino una dichosa realidad la concordia de los intereses del trabajo con los del capital.

A todo organismo social, à todo centro de producción importa poner oído atento al grito de dolor que aún formulado con mezcla de injustas pretensiones y de concupiscencias mal reprimidas, indica la lógica inflexible y semi-brutal, pero lógica al cabo, con que los desheredados piden asiento en el banquete de la vida.

Convencidas las masas socialistas de lo absurdo del mal llamado derecho al trabajo ante la malograda organización de los talleres nacionales ideados por Louis Blanc y ensayados con mal éxito durante la República del 48, no piden aquellas el trabajo al Estado, pero habrán de pedir trabajo ó condiciones de existencia á la Sociedad, que no conseguirá nada con cerrarse en un egoismo frío, pues pondrá en peligro su misma existencia.

En cuánto al Estado, ya se os alcanzará, Señores, que aun le quedan encomendados altos y delicadísimos deberes que cumplir en estas complejas y por demás difíciles circunstancias, ya tan frecuentes, en que la ola de la miseria llega á convertirse en una verdadera plaga de Egipto. Algo es necesario oponerse à esta intervencion cada vez más absorbente del Estado en toda la vida, y señaladamente en nuestro pueblo, donde no abunda por desgracia la iniciativa individual y se toma, por inveterada costumbre, al Gobierno como especie de Providencia terrenal y se considera el presupuesto cual olla de los pobres, que ha de llevar á cabo el absurdo de la multiplicación de los panes y de los peces; pero es necesario oponerse, por que esta es una intervencion perniciosa, contraproducente y y en último término perturbadora, ya que el Estado no es, ni puede ser órgano de producción en la vida económica. Más, aparte de esto, tiene el Estado una altísima misión que cumplir y una superior tutela que ejercer dentro del círculo pro-

pio de sus atribuciones, ofreciendo siempre medios y condiciones que faciliten la producción, el cambio y la repartición de las riquezas por medio de una reorganización general de las bases de nuestro sistema tributario, merced á un plan completo de construcciones de vías de comunicación verdaderas arterias del organismo económico y gracias a una descentralización, que simplifique y favorezca la rapidez de los trámites en la existencia de las asociaciones productoras. Urje además intentar numerosas y radicales reformas en nuestra ley hipotecaria, pues hoy, desamortizada, de buena ó mala manera, la propiedad, se encuentra esta con una nueva amortización tan fatal como la antigua, la amortización del Notario, del Registrador y de la Curia, valladares insuperables para que la propiedad llegue á ser material de una de las manifestaciones más graves del socialismo, la del socialismo agrario. Ha de aumentar este á medida que más dificultades encuentra el pequeño propietario al valerse de la riqueza cómo garantía en sus empresas, para sobrellevar las cargas del Estado y para subvenir á sus necesidades—Con esta red tupida de obstáculos, queda el pequeño propietario á merced del fisco ó á merced del capitalista y entonces la pequeña propiedad tiene que ser malvendida y gravitar hacia estas grandes concentraciones de propiedad ó tiene que caer en las terribles garras de la usura—Sin ser posible ya hoy pensar en la reorganización de los antiguos Pósitos, cuya fuente de riqueza quedó esterilizada por una malversadora administración, bien vale la pena ocuparse y preocuparse con el establecimiento de Bancos agrícolas é hipotecarios, que pudieran servir de amparo á la pequeña propiedad frente á esas fabulosas concentraciones de la riqueza inmueble, que no tienen más límite que la lenta acción del tiempo por medio de la herencia y el azar, que más contribuye á perturbar que á armonizar los factores de la producción.

Corresponde además y en primer término al Estado ex-

te ider, difundir y multiplicar los medios para la instruccion y educacion públicas, verdadero pan espiritual, que há de templar, aunque muy lentamente, la lucha cruel entre el que tiene y el que no tiene. Puede más, aunque parezca paradójico, contra estas terribles guerras sociales el maestro de escuela que el dictador armado de su sable. Al maestro de escuela, nuevo sacerdote para la difusion y predicacion del Evangelio del derecho y de la justicia, corresponde la más noble, sí bien modesta misión, pues es de paz y de concordia, en los tiempos actuales tan atormentados y tan tormentosos--Sabida de todos conviene repetir, por exacta, la frase de que «allí donde se abre una Escuela, se cierra un presidio».—Todos recordareis tambien las afirmaciones unánimes de la prensa alemana cuando, comentando su rápido y decisivo triunfo sobre los franceses, decian no haber vencido por virtud de la hábil diplomacia de Bismarck ni por la acertada estrategia de Moltke, sino gracias al maestro de escuela.

Cumpliendo el Estado esta su sacratísima obligacion de difundir por todos los círculos sociales la instruccion y educacion, tendrán estos terribles cataclismos sociales una valbula de seguridad, al encontrar disipadas las tinieblas de la ignorancia, sobre cuyo negro pedestal se elevan tántos vocingleros, demagogos para explotar el pueblo y perturbar la sociedad. Elevando el nivel comun de cultura, ofrecerá el Estado los medios y condiciones para ir gradualmente poniendo por obra la igualdad racional, dentro de la multiplicidad del organismo social, igualdad que no consiste en que descendan al nivel más infimo los que por cualquier circunstancia le escedan sino en que éstos inclinen y alarguen su mano á los que están más bajos para que suban y ganen algunos pasos en esta indefinida escala de la perfectibilidad humana, semejante á la soñada por Jacob, que unia el cielo con la tierra.

Cómo yo entiendo que es, sin exageracion de ninguna clase, esta la influencia potísima, que la instruccion y educa-

cion han de ejercer en la vida social, puedo (y aún debo, cumpliendo gratas obligaciones) deciros que guardarè como recuerdo indeleble y cómo satisfactoria impresion la visita rápida, que hè hecho a los varios y bién organizados Establecimientos de enseñanza de esta poblacion, modelo en este punto digno de ser imitado por otras, que hacen gala de superarla bajo distintos aspectos—Y aún hè de consignar que hé sentido correr fugaces las horas durante mis continuas y repetidas conversaciones con dos Maestros de las Escuelas de Plasencia, en los cuales hay que admirar su modesto, pero enérgico entusiasmo por la enseñanza á la vez que su profunda devocion al fin, á que están consagrados.

Para terminar, os hè de repetir que, sin pretenstones científicas, sin intereses de escuela, sin miras de partido, (aunque no tengo porque ocultaros mis opiniones, pues soy y fio seguiré siendo republicano sincero, de conviccion y de sentimiento) os hé hablado movido por aquella comunidad de nobles aspiraciones, que despierta en todo corazon bién sentido cualquier asociacion de gentes cultas, os hé hablado, en síntesis y consideraciones generales, de un problema que á todos por igual, aunque en distintos aspectos, interesa; que cada cual, burgués, potentado ó descamisado, meta la mano en su pecho; que cada cual se reconozca solidariamente responsable de los males que aquejan á la sociedad; que cada cuál se considere obligado á cooperar á la disminucion de estos males; que todos resuelvan echar el pecho al agua y la conciencia á la arena para luchar por el triunfo del bién y de la justicia, haciendo que cesen los motivos, que encienden estas horribles hecatombes de las guerras sociales, y todos, todos, en el limite de sus fuerzas, podrán contribuir á que terminen, dentro del oleaje social, las guerras fratricidas, sustituyendolas por la noble emulacion de lo bueno y de lo justo, dentro de cuyos ámbitos se há de establecer aquella anhelada comunión de los Santos en la Tierra.—HE DICHO.

N. 20
7/6 38
a 210

9